



ESPAÑA
COOPERACIÓN
CULTURAL
EXTERIOR

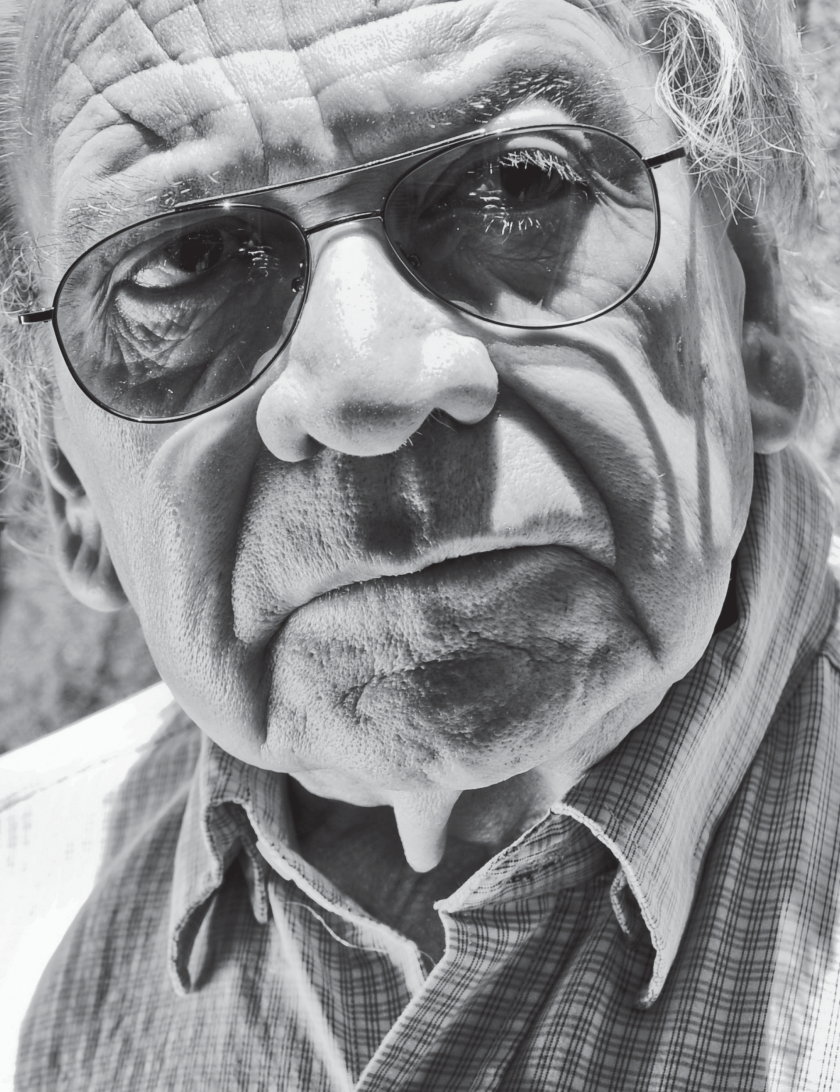
GUZMÁN BÖCKLER

*conversa
con*

PERDOMO ORELLANA



COLECCIÓN
PENSAMIENTO



Colección Pensamiento II : Guzmán Böckler conversa con Perdomo Orellana /
coord. Silvia Trujillo y Gemma Gil. - - Guatemala : El Librovisor,
Ediciones Alternativas del Centro Cultural de España en Guatemala, 2008.
70 p. (Colección Pensamiento ; V.2 Tomo 6)

ISBN 9922-985-8-8

1. Intelectuales guatemaltecos – Entrevistas
2. Pensamiento intelectual – guatemaltecos
- I. Coaut.

CDU
008 (728.1)

COORDINACIÓN DE PROYECTO

Silvia Trujillo

COORDINACIÓN EDITORIAL

Gemma Gil

DISEÑO

Lucía Menéndez

FOTOGRAFÍA

Andrés Asturias

CONCEPTO ORIGINAL

Rosina Cazali

IMAGEN CONTRAPORTADA

Basada de una ilustración de Antonio Frasconi

El Librovisor

Ediciones alternativas del Centro Cultural de España en Guatemala

Octubre, 2008

© Todos los derechos reservados

Centro Cultural de España / Guatemala

Vía 5, 1-23 zona 4, 4ªNorte, Ciudad de Guatemala, 01004

(502) 2385-9066

gestion@ccespana.com.gt

www.centroculturalespana.com.gt

blog: cceguatemala.blogspot.com

Guzmán Böckler
**CONVERSA
CON**
Perdomo Orellana

LIBRO VISOR

A Guzmán Böckler jamás consiguieron
dorarle la píldora: “los grupos políticos,
aquí, ya tienen una idea clara y absoluta de
que la corrupción es lo inequívoco”

Por JL Perdomo Orellana

Bosque, monte alto, tala, de eso se ha tratado siempre... son las diez palabras que Thomas Bernhard repite cinco veces en las páginas finales del cuadro de costumbres austriacas al que tituló *Tala*.

Las hubiese repetido mil veces más, hasta llegar al silencio, si hubiese tenido la impenable suerte de toparse con unas cuantas costumbres chapinoides.

Bosque, monte alto, tala, de eso se ha tratado siempre...
Una vez hubo patria. Lo que vino luego se condensa en:

un remedo de proyecto de país al que aún no le llega la náusea que debería producirle el llevar siglos de estar agazapado en sí mismo, a gatas en su propia espalda, sin la menor intención de enderezarse;

la fruición por la basura, el pollo rostizado engullido por toneladas en ayunas, la reventadera tumultuaria de *cuetes* en un ritual idiota que se repite de (de)generación en (de) generación (“Tú tiras basura, él tira basura... Lo consiguieron: ¡son El Asco, son La Basura!”);

la proliferación de comandantes a control remoto que descarrilaron a la guerrilla más torpe del continente, y en la paz papada hicieron a la vez que certificaban el nacimiento de sus larvarios y panzones hijos con nombrecitos ridículamente heroicos y les heredaban la Sociedad Anónima de Capital Variable para que se jubilaran en oficinitas hipócritas donde resguardan la exclusividad de sus derechos humanos. Qué viva la Revolución... siempre y cuando evolucióne hacia el reposo de las cuentas bancarias y la tranquilidad de la parentela más cercana, amantes o candidatas a amante incluidas. Hasta la victoria siempre... siempre que se trate de la cerveza mexicana Victoria... (“Usted no se preocupe por nada, mi reina, yo la ayudo a montar su casa aparte, ya archive al *lúser* de su ex marido, decídase de una vez por todas. ¿Mi esposa? Ella no tiene por qué estar al tanto de mis muestras de solidaridad para con usted y además está muy ocupada administrando su oenegé. Por cierto, ¿cuándo se viene a trabajar a la mía?”);

los ingredientes más roñosos y ponzoñosos (ojalá solo se tratase de una pésima rima) que conforman lo peorcito de la degeneración humana cebándose en 108 mil kilómetros cuadrados de orfandad;

la carcajeadera, la ridiculez y las bajezas tropicales como sello crucial de una ramplonería de la que todos los demás deben dar acuse de recibo;

la chapina administración estatal de la demencia;

el curulerismo más desparpajado como sustituto exacto del culerismo;

los Supremos Intereses de la Nación como Infalible Pretexto para el Viaje;

el oenegerismo más pordiosero como bodega de latas de atún cuya fecha de caducidad fue borrada para estar a tono con el dudoso aire caritativo de la Casa Matriz (“Dime a cuánto ascienden tus emolumentos mensuales... y te diré de qué oenegé padeces”);

Dios a toda hora en la punta de todas las nagülonas lenguas, como reconfirmación de que el infierno existe y sus llamas son avivadas, precisamente, por quienes pretenden que los días del prójimo sean una perenne Escuela Dominical... entre otros síntomas que más vale ahorrarse, para no abusar de la abnegación de la página en blanco.

“Aquí llegamos”, como bien dijo Cabrera Infante en la última línea de *La Habana para un infante difunto*. A los saldos humeantes de la patria, a la orilla más retrechera del Quinto Infierno. “Aquí llegamos”.

Bosque, monte alto, tala, de eso se ha tratado siempre...

Pero quedan los patriotas de a de veras, los únicos indispensables a la manera de Brecht, con una claridad de pen-

samiento que llega lejos, más allá de las cerradas tinieblas donde en mala hora equivocó el camino este lugar que en su nombre lleva la condena. Quedan los patriotas auténticos y quedan los senderos sinuosos que llevan a la increíble casa donde el maestro Carlos Guzmán Böckler sigue pensando y leyendo, o escribiendo certidumbres como éstas que le hizo llegar a la revista sudamericana *Encontrarte*:

“(…) En el fondo de este escenario está, por supuesto, la política mundial. La caída del Muro de Berlín decretó no solo la quiebra del sistema económico prohijado por la Unión Soviética, sino la eclosión de esta última y su debilitamiento como superpotencia, así como el rompimiento del Pacto de Varsovia y la reunificación alemana. Con ello quedó abierto al neoliberalismo puro y duro, así como a las guerras de expansión económica y de agresión ideológica lideradas por los Estados Unidos de América, desde finales del siglo xx. El mar Caribe dejó de ser una preocupación prioritaria para la política norteamericana porque Rusia retiró las ayudas que la antigua URSS daba a Cuba. De suerte que, en Guatemala, también la URNG (Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca) se vio obligada a negociar la paz, habida cuenta de que, en Nicaragua, los sandinistas perdieron las elecciones generales y, en El Salvador, las facciones guerrilleras firmaron la paz con el Gobierno.

“(…) A decir verdad, la gente estaba cansada, después de 36 años de sobresaltos, miedos, inseguridades y derramamientos de sangre que parecían interminables. Muchas personas veían a los contendientes con hastío, y las posibles identificaciones o simpatías con sus respectivas causas se iban difuminando de día en día. La prepotencia y la impunidad de los militares lucía insuperable; el triunfo de la sinrazón y de la estupidez, de la que hacían gala, se percibía como inexorable, por lo que la admiración a quienes pasaban por encima de cualquier escrúpulo, hacían dinero o adquirían ventajas, por la vía que fuera, creció y arraigó en muchas personas, sobre todo jóvenes.

“(…) En general, la gente ve con desconfianza la política y, sobre todo, a los políticos; no se fía, fundadamente, de la policía, la justicia, la eficacia de la burocracia pública, la capacidad mental y moral de los diputados, así como la idoneidad de los funcionarios públicos. Y ve, con indignación, cómo los empresarios prestan malos servicios por los que cobran excesivamente, en tanto que la cantidad de pobres y extremadamente pobres crece sin parar, y el desempleo conduce al comercio ambulante, a la delincuencia, a la prostitución y a la drogadicción de los pobladores más vulnerables. De ese desencanto y de esa impotencia para salir adelante sacan adeptos quienes, por una parte, se organizan empíricamente para delinquir o, en un nivel más avanzado, se ligan al llamado crimen organizado y

militan en las ‘maras’, donde se adquiere una alta capacitación para extorsionar, torturar, matar y eventualmente morir; y/o, por otra parte, manejan las creencias religiosas conforme a las reglas de la mercadotecnia de última generación, con la que venden conformismo individual con los males de este mundo a cambio de la dicha eterna en el otro. A pesar de que ya han pasado cinco siglos, se repite el discurso de los misioneros católicos españoles del inicio de la dominación colonial, pero, esta vez, en boca de los heraldos del cristianismo reformado, quienes también condenan —por diabólicas— las ideas de la cosmovisión mesoamericana y las prácticas rituales con las que la población maya las sacraliza.

“Simultáneamente, masas urbanas —formadas por personas de todas las clases sociales— se refugian en las pantallas de la TV y en los diarios y semanarios deportivos en el seguimiento de los múltiples campeonatos (nacionales e internacionales de invierno, de verano, de copa, de liga, de regiones y del mundo) de fútbol, sin perjuicio de proseguir fugándose de la realidad a través del alcohol, tal como lo han hecho incontables generaciones en este país; aunque, ahora, los caminos de las evasiones pasan también por las drogas, así como por las fantasías sexuales que venden el cine, la TV y la prensa sensacionalista.

“Si se es joven, pobre y se habita en las áreas rurales, la única salida percibida como viable es la de partir hacia los Estados Unidos, vía territorio mexicano, y desafiar todos los peligros, calamidades y humillaciones que aparejan ser doblemente ‘mojado’. Si se habita en los múltiples barrios marginales de las áreas urbanas, donde la desorganización familiar y personal es común, la única familia que acoge a las y los jóvenes es la ‘mara’. Si se es indígena o garífuna, sin importar su grado de instrucción y su condición económica, tiene la posibilidad de escuchar hasta la saciedad que Guatemala es un país multiétnico y pluricultural, por lo que sus derechos de identidad histórica están reconocidos por la legislación interna y los tratados y convenios internacionales suscritos por el gobierno de Guatemala. Pero, en la vida cotidiana, seguirá siendo víctima de la discriminación racial, así como de la explotación económica, en función del grado de indefensión en el que la sociedad global lo haya colocado. Los únicos que sacan ventajas materiales son los indígenas cooptados por los poderes económicos, culturales o políticos, firmemente asidos por los ladinos. Por eso tienen tantas dificultades y tropiezos los dirigentes honestos de los movimientos mayas, quienes llevan a cabo una lucha cada vez más firme y mejor enraizada en los sectores populares indígenas. Aun cuando los pasos que dan parecen cortos y lentos, no pasará demasiado tiempo sin que den frutos los múltiples esfuerzos de capacitación que ya han echado a andar

varios colectivos donde priva la juventud y la fe en un futuro en el que sí podrán participar en la conducción de la sociedad global.

“(…) Finalmente, hacer el intento de formular un juicio sobre el aporte que haya podido dar con mi obra me resulta un tanto incómodo, ya que en ningún momento quiero caer en apreciaciones erradas sea por tratar de esconder limitaciones, sea por buscar elogios inmerecidos. Creo, eso sí, que —como toda obra humana— se debe al entorno social al que me ha tocado pertenecer, fundamentalmente en Guatemala, así como también en otros países de América Latina y de Europa, durante buena parte del siglo xx y, espero, en otra también buena del siglo xxi. Las enseñanzas obtenidas a través de los diálogos con personas de todo tipo, dentro y fuera de mi país, han sido las bases fundamentales de mis conocimientos. A ello hay que agregar, desde luego, lo que pude aprender en los libros que versan sobre muchos tópicos, así como los contenidos de los espectáculos artísticos y deportivos que he tenido ocasión de ver.

“(…) Quizás la contribución más clara, formulada a partir de *Guatemala: una interpretación histórico-social*, ha sido la de echar por la borda las teorías racistas y/o paternalistas que, con distinto nombre y en épocas sucesivas, presentaban a las poblaciones indígenas de Guatemala,

en particular, y de América, en general, como problema irresoluto al que había que darle una solución definitiva, sea por el exterminio (tal como se practicó en América del Norte y en el extremo sur del continente americano durante el siglo xix e inicios del xx), sea por el mestizaje programado, como se planteó un poco más adelante, o bien, mediante la pérdida colectiva e individual de la identidad histórica y de la conciencia colectiva, al tenor de las políticas de aculturación, desarrollo de la comunidad o integración social, prohijadas por los antropólogos anglosajones, amén de la proletarianización que exigían los pensadores estalinistas de las izquierdas ortodoxas para limpiar el camino que conduciría a la revolución. En síntesis, desde todos esos puntos de vista, la meta es la misma: desindianizar al indio. Olvidaban todos que ese indio no era objeto sino sujeto y, por ende, actor social colectivo, producto del desarrollo de los diversos colonialismos que asolaron las tierras americanas, del mismo modo que lo son los mestizos; y que ambos están entrelazados dialécticamente por las determinantes económicas, sociales, religiosas, etc., que las sociedades coloniales generaron, a través de formas de producción material e ideológica propias, y que descansan en una división en clases que vive a base de la explotación extrema de los colonizados (ayer vencidos), cuyo sometimiento y humillación se atribuyen a diferencias físicas que determinan su inferioridad y que aparejan otras limitantes intelectua-

les y morales irreversibles. Por eso había que acabar con ‘toda la indiada’. Sin embargo, en el último tercio del siglo xx, todas esas teorías fueron perdiendo terreno ante un hecho real: ‘la indiada’ no solo no se acababa sino que había crecido en número y había tomado conciencia de su situación. Alzó la voz, participó en los movimientos revolucionarios y exigió derechos, respeto y participación activa en la vida social global. En pocas palabras: el tiempo nos dio la razón.

“(…) Me satisface el haber mantenido una relación afectuosa y armónica con mi familia, así como haber permanecido fiel a mis principios, sin pedir ni aceptar cargos, dádivas o ayudas vergonzosas. Lamento profundamente la pérdida irreparable de mis amigos y compañeros asesinados, así como la de aquellos que cayeron combatiendo por sus ideales; y, muy en especial, la de los miles de campesinas y campesinos mayas barridos por la insania racista y sanguinaria de los enemigos internos y externos de nuestro pueblo.”

Bosque, monte alto, tala, de eso se ha tratado siempre...

Fidedigno, consecuente con sus convicciones colectivas, que no le vienen de antier, custodiado por cuadros para nada casuales, carabelas transparentes salidas de un viaje de Jonathan Swift, por libros vivos y profundos que parecen encaminarse al vértigo de una foto aérea del

sector parisino conocido como “La Isla”, por un mapamundi impecablemente elaborado por la División de Cartografía del Ejército del Pueblo Húngaro y adquirido en Hamburgo (un planisferio que, ciertamente, no encontró lugar en ningún avión y debió ser traído en barco), fidedigno con los demás y consigo mismo, el maestro Carlos Guzmán Böckler tuvo la generosa paciencia de atender, escuchar, responder y corresponder: la primera vez, a principios del 2008, en la víspera de que le operaran una rodilla; la segunda, a mediados de año, cuando las molestias postoperatorias y la terapia hubiesen quebrado a cualquiera, menos a él que, fiel a sus certidumbres de patriota y de sobreviviente, al otro extremo de la desesperanza, apuntala sus palabras con la sonrisa festiva de los seres luminosos y el limpio tono de voz de quienes sí saben de qué hablan. Las miradas insondables de Marx, Mao y el ‘Che’, fluyendo desde unos carteles colocados en lo más alto de una pared de madera, dieron fe. Quien tenga oídos, que vea. Quien tenga ojos, que oiga. Los demás pueden abstenerse.

PERDOMO ORELLANA: El primer recuerdo de Elias Canetti, ese enigmático autor búlgaro/inglés/alemán que en 1981 se resignó a recibir el Premio Nobel de Literatura, está teñido de rojo. ¿Cuáles colores hubo en sus recuerdos a partir de la niñez, maestro?

GUZMÁN BÖCKLER: No deja de ser un poco aleatorio encontrar la respuesta, así intempestivamente ¿verdad? El problema es que esos recuerdos que deberían venir, digamos, en línea recta, directos, pasan por el tamiz de una serie de experiencias muy diferentes que van transcurriendo a lo largo de los años.

Si se estudia ciencias sociales se tiende a buscar una racionalización a la luz de esos conocimientos, así sean los actos más nimios de la vida de uno. Así que, naturalmente, se corre el peligro de que no haya una imparcialidad completa, porque uno nunca quiere ponerse en un mal predicado ante uno mismo, mucho menos ante los demás, sin perder de vista que todos nos equivocamos, eso sí, y que las cosas hay que verlas con mucho cuidado y relativizarlas.

Mis recuerdos infantiles están ligados a la forma de ser de mi madre, del hogar y del entorno. Hija única, nacida en Munich, Alemania, mi madre, cuyas lenguas maternas fueron el alemán y el español, tuvo en Europa una educación privilegiada.

En institutos estatales y en colegios privados de La Antigua y de la capital de Guatemala enseñó alemán, francés e inglés, idiomas que aprendió en colegios de Dresden, París y Londres; asimismo, como traductor

jurado, redactaba y autentificaba la versión española de documentos escritos en tales idiomas. Ella tuvo la perspicacia suficiente para entender y tratar a los demás. Nunca le causó animadversión a nadie. Siempre tuvo predilección por La Antigua y allá tuvimos la relación más fuerte. Yo nací en Jalapa solo por la crisis de los años 30, porque mi familia paterna tenía tierras allí, pero regresé antes de cumplir un año y conocí Jalapa cuando ya tenía 18; así que no hubo ningún nexo. Con La Antigua, el nexo sí fue fuerte.

A mi mamá le gustaba mucho recorrer los municipios, ver los trajes, las artesanías, apreciarlas no como algo secundario sino como una obra de arte. Tenía ese concepto: no hacía esa división que se hace ahora de que el arte es para los cultos (entre comillas) y la artesanía para el pueblo. Ella sí tenía sensibilidad para las disparidades sociales, aunque sin un vocabulario en el sentido que después iba a aprender yo en las escuelas de ciencias sociales.

En institutos estatales de la capital, Jalapa y La Antigua, mi padre, proveniente de una familia de medianos terratenientes, impartió clases de lógica, psicología general y gramática de la lengua española. No tuve mayor relación con él, porque ellos se divorciaron cuando yo era muy niño. Quedé más ligado a ella.

Lo otro decisivo en esos años fue la secundaria. Mi mamá quiso que yo fuera a un colegio católico, el entonces Colegio de Infantes, hoy Liceo Guatemala. Y a rezar se dijo, y a ir a misa los domingos a las siete de la mañana, no era cuestión de que le preguntaran a uno si quería ir.

En el bachillerato, cuando cuestioné algunos de sus postulados, me dijeron que me largara, claro. Pero mi mamá no lo tomó como una tragedia. Un poco por broma, yo ya me había sembrado la semilla del descreimiento, y eso fue caminando con el tiempo.

El momento político guatemalteco era decisivo: fue cuando cayó Ubico y cayó Ponce. Una fiesta popular. Grandes manifestaciones de gente que había estado agachada 14 años y que a saber dónde había estado metida. Salían de todos lados. Ubico había logrado lo que lograría Somoza: la unanimidad en contra. Ni Ubico ni Ponce se dieron cuenta de que había una guerra mundial y que, en condiciones así, las decisiones las toman más brutalmente los países fuertes. Los países pequeños no tienen nada que decir.

Con esa espuma alta entré a la universidad. El lenguaje cambió: ya se hablaba de mayorías populares, obreros, derechos de los pueblos.

Cuando llegué, no era muy distinto de los demás: éramos machistas, discriminadores. En mi generación de 1947, en la Facultad de Derecho, entramos 114. Solo había un mam, muy buen amigo mío, Armando Bravo López, muy buen abogado. Y ninguna mujer, ellas llegarían mucho después. Todos esos prejuicios que apenas se están empezando a limpiar ahora, los llevábamos todos; por ejemplo, esa posición como de desprecio, de arriba hacia abajo, al homosexual, como si se tratase de un subhumano. Ése era el entorno social.

Por supuesto, participé en la Huelga de Dolores, porque me gusta reírme de los demás y de mí mismo, y sé cómo hacerlo. ¿Por qué desaprovechar eso? Era un ejercicio en el que había que usar la inventiva, aunque fuese en una escala pequeña. Ahí comenzaba uno a tomar ciertas actitudes críticas. La mayoría, no todos, éramos arevalistas y después fuimos arbencistas. Aunque ignorábamos un montón de cosas, burros no éramos. Algo estaba cambiando en Guatemala. Fuimos los primeros en cursar Derecho del Trabajo. Teníamos indicios de que éramos alguien en el mundo. Uno no es solo nunca: es uno y la sociedad donde está.

Trabajé en los tribunales, en un juzgado de primera instancia de lo penal. Ahí tuve otra escuela, una ventana a la gente que está más fregada. La delincuencia

más visible siempre es la de los pobres, ahí agarra una otra dimensión. Con Rafael Cuevas del Cid y Edmundo Vásquez Martínez, mis compañeros, fuimos jueces de paz; yo fui juez séptimo de paz del ramo penal en la capital de Guatemala.

Supe respetar a la gente. La mejor prueba de que no hice mal las cosas es que no tengo ningún enemigo de ese tiempo. Los enemigos me los gané después, con la publicación de los libros.

Mi generación tuvo un proceso de humanización bastante completo. Con Árbenz y la reforma agraria, nos abrieron el horizonte del campo, nos sensibilizamos mucho más, comprendimos que estábamos en un lugar mucho más complejo y extenso que la capital, y con angustias mucho más grandes.

La prueba de fuego vino con la (entre comillas) liberación. No habíamos terminado la carrera, cuando llegaron ellos. Me precio de que, con algunos compañeros que por ahí andan todavía, hicimos desde la Huelga de Dolores la primera resistencia con burlas a estos tipos. Fue la primera vez que me avisaron que me iban a meter preso, fue el primer escarceo, a la par tenía a Manuel Colom Argueta, quien me ayudó a esconderme.

Después nos tocó recibirnos y ser abogado de asuntos laborales. Fui abogado del Sindicato de Acción y Mejoramiento Ferrocarrilero (SAMF), que tenía alrededor de seis mil 700 afiliados desde Barrios hasta Ayutla. En el típico país de ciegos, creo que hice bien mi papel, aprendiendo desde el principio a navegar contra la corriente.

Luego, becado por la UNESCO y la USAC para estudiar en la FLACSO, en Santiago de Chile, conocí América del Sur. Allá, entre la población indígena peruana, por ejemplo, constaté que América es verdaderamente importante por lo que había antes, no por los que vinieron después. Allá aprendí que América Latina es un país grandote, que Bolívar no andaba desencaminado, hay la base para hacer de todo esto un solo país. También aprendí que no importa ser de un país tan pequeño como Guatemala.

De modo que uno vive con su tiempo, con su generación y con su época. Y una época siempre es muy compleja. Yo tomo los elementos que siento que son más importantes, quizá porque estudié ciencias sociales.

PO: Carlos Humberto López Barrios, sanmarquense, ex discípulo suyo y fundador de la indómita Editorial Praxis, en México, le envía por escrito, desde el Distrito Federal, estas líneas que, como se decía antes, a la letra dicen:

“*Guatemala: una interpretación histórico-social* fue un libro pionero, junto con las *Siete tesis sobre el indio*, de José Carlos Mariátegui, en Perú.

“Son dos libros fundamentales para explicar las contradicciones raciales desde una teoría latinoamericana y no desde una perspectiva eurocéntrica.

“Su valor reside no solo en apartarse del dogmatismo doctrinario imperante en la época, sino en tener la visión de aplicar las teorías revolucionarias a una práctica concreta, nacional.

“Sus ideas levantaron ámpula entre los sectores ortodoxos, cerrados. Pero, como se ve, a la larga las ideas expuestas en sus libros mantienen su vigencia. Al fin, los documentos de algunas organizaciones revolucionarias retomaron sus planteamientos cuando ya era tarde.

“Por otra parte, la mirada del ‘Huevo’ sobre el papel de los indígenas en la realidad actual es más certera que la de la guerrilla entreguista, cooptada, vendida, parasitaria.

“Sus tesis influyeron en los estudios interdisciplinarios de los investigadores contemporáneos, lo que confirma la validez de su postura en esa época en que estar fuera de lo políticamente correcto era sinónimo de ostracismo y repudio,

cuando no de denigrante acusación de distorsionador de la realidad, de idealista y otros adjetivos más duros.”

¿Qué opinión le merecen estas aseveraciones?

GB: Agradezco profundamente las palabras de Carlos Humberto López Barrios. Aparte de que está muy bien escrito, es correcto lo que dice.

Es decir, la apreciación que yo hago de mí mismo no la diría así en público, porque sonaría a una cuestión de egolatría extrema. Pero... yo pienso que sí.

Eso es lo que creo que he hecho. No lo digo en público, porque se presta para caer mal.

Todo lo que él dice es correcto, sobre todo esa apreciación de que no me hicieron mucho caso en aquellos años y ahora los últimos que se dicen izquierdistas ya perdieron la perspectiva.

López Barrios lo señala muy bien: lo que planteábamos no se entendió bien en su momento, se entendió a medias, era una de cal y era una de arena. Con Gaspar y todos ellos, hubo acercamientos y distancias. La ortodoxia no servía para nada, aún no entiendo por qué fregados se apegaban a eso.

El naufragio de valores ya nos llegó. No había mucha solidez, se perdió el tiempo en folletos y en hablar babosadas, no se hizo nada fuerte. Pasada la euforia de los balazos, no se pudo sacar nada. Es una guerra que no se ganó, que tampoco se perdió militarmente, en los otros aspectos a saber qué va a pasar, habría que verlo todo con cautela.

Estamos en una caída tremenda: de la guerra política pasamos a la guerra social, en este momento aún es una guerra de pobres contra pobres, de pobres que no tienen nada contra pobres que apenas están saliendo de la base de la pobreza, vecinos contra vecinos, además del crimen organizado. En el momento que esta guerra termine, el blanco será la clase media que quede. Eso es lo que la clase media de aquí no ve claramente. La guerra sigue por otros caminos, sin ideología.

Volviendo al mensaje escrito de López Barrios... tal vez me equivoco, pero ha habido una preeminencia, ¿cómo lo explicara?, de una herencia colonial. La formación del mestizo, en todo, es con base en un catolicismo cerrado, intransigente, muy estrecho en sus principios, sobre todo en sus bases ideológicas.

Ya el catolicismo español, de por sí, se había separado del cristianismo en general e incluso del otro catolicismo, al

darle un enorme impulso al tribunal del santo oficio de la inquisición, que pasó a ser una organización superestatal e inmovible, íntimamente fusionada con la corona. Eso causó el retraso de España en relación con los demás países. Recién ahora, España se está acercando a lo que perdieron con aquel tribunal. La inquisición —Américo Castro lo estudia muy claramente— crea esas categorías de cristiano nuevo, cristiano viejo. El cristiano nuevo, sospechado siempre de herejía, herejía judaica o mahometana, era la clientela ideal para la inquisición, muchos fueron condenados por eso.

Hay una prevalencia del *creer* que sustituye al *pensar*. Ya el hecho mismo de pensar es sospechoso y es delictivo, de suerte que mejor quedarse en la creencia. En la estructuración de la mente, acá no solo se trae un nuevo dios sino también una corte de ángeles, de vírgenes, de santos. Se proclamaron monoteístas ¡y son absolutamente politeístas! Proclaman a dios como una entelequia invisible, inalcanzable, y hacen imágenes de madera por todos lados a las que se les atribuyen milagros y la capacidad de dar felicidad.

La esencia de todo esto la dejan aprisionada en el catecismo. Y nada más. Se aprende el catecismo, un folletito que descansa mucho en el credo, dice lo que hay que creer. Y nada más. Ésa es la base de la propaganda po-

lítica religiosa. *Dudar* es estar proclive a la tentación del demonio, de manera que hay que creer y todo lo que esté fuera es sospechoso. Además, es mucho más fácil anclar en un pequeño fondeadero y ahí quedarse amarrado. Da mayor tranquilidad. Como dice el himno: “Y ay de aquel que con ciega locura” proteste... porque a ése hay que eliminarlo.

En el lenguaje católico es ser hereje. Y los herejes no tienen cabida. A la mentalidad global de nuestra gente, la han puesto en esa perspectiva. De suerte que todo lo que la sociedad formó, eso es intocable; cualquier cosa que se ponga en contra de eso es del demonio o de sus similares. Son dogmáticos, intransigentes, ignorantes y además agresivos, vengativos. O sea: ahí entra muy bien el dios de Israel, un dios que ordena venganzas, en fin, todo eso.

El solo hecho de preguntar *por qué* es pecaminoso. Puestos en esa línea, no aceptamos nada. Los que se decían liberales en la época de la independencia, en el fondo, pensaban muy así. Todos iban a misa, por supuesto. Los conservadores no tenían problema, porque era conservar nada más lo que tenían, para ellos siempre ha sido fácil y la patria son ellos; ésta es la razón por la cual todos los partidos conservadores subsisten.

Liberales o conservadores, la ideología que deja intacta la colonia es básica: los indios están abajo y los demás están por encima; entre liberales y conservadores no había problema, porque estaban de acuerdo en eso.

Cuando se llega a izquierdas y derechas, por definición, en la izquierda debería haber desaparecido todo tipo de discriminación. Pero se mantuvo. Se mantiene hasta hoy. Cuando citan por ahí para reorganizar el pensamiento de la izquierda, citan a la clase media con cierto éxito económico y con papelotes, con títulos. Pura papirocracia para mantener el orden establecido.

¿Los chorreados?... ¡Que sigan en su sitio!

Lo importante no es, entonces, qué dicen las teorías de Marx, de Engels. No había necesidad de leerlos. ¿Para qué? Se trata de una cuestión voluntaria y declarativa. Para leer a Marx hay que entenderlo, pero si no se entiende... entonces hay que leer a Hegel, que está más difícil, leer a los socialistas franceses, leer a los economistas ingleses y entonces entender la esencia del marxismo.

Ninguno lo hizo. Ninguno. Usaban *El capital* como desodorante, lo cargaban solo por tener algo debajo del sobaco.

La Iglesia Católica, por una parte, es lo que dice, y por otra es lo que hace. En eso seguimos siendo muy a la manera de la Iglesia Católica, apostólica y española.

No nos lo podemos quitar, no es tan fácil.

PO: Al otro extremo de tanta ignorancia, ¿hay algo que los guatemaltecos sepan, sin ningún asomo de duda?

GB: Hay un conocimiento muy amplio acerca del futbol. De eso todos sabemos. Es decir, nadie sabe nada de futbol, pero todos opinan, todos son expertos.

PO: ¿Cuáles mutilaciones lingüísticas han resultado más dañinas para esta anomia a la que todavía se le llama “pueblo de Guatemala”?

GB: “La religión es el opio del pueblo” es una frase mutilada que, solo dicha así, se entiende, pero lo cierto es que se trata del producto de un párrafo que, completo, dice: “La religión es el sollozo de la criatura oprimida, es el reflejo de un mundo sin corazón y es el espíritu de una época privada de espíritu, es el opio del pueblo”. Esa es la conclusión. Así ya tiene mucho más sentido, ¿verdad?

PO: ¿Cuál sería el actual opio del pueblo?

GB: El futbol... y, como aquí el masoquismo es parte de la vida, se trata de un futbol tedioso que nunca, nunca gana. No son capaces de ganarse ni a sí mismos. No hay modo de que ganen. Están negados para el gol, incluso no se les dan los autogoles. Eso sí, para algunos estas chamuscas han resultado un buen negocio. Es otra contradicción triste, más triste en la medida que la gente está tan engañada que sigue esperando que se dé lo imposible: un triunfo nacional supeditado a once pares de zapatos de futbol y un pedazo de cuero inflado.

A esta tomadura de pelo, habría que añadir otra: el minucioso fracaso guatemalteco en las recientes olimpiadas de Pekín, ofrecido como victoria apoteósica especialmente por los telenoticiros. ¿Hacer creer que la derrota es un logro! Eso duele. ¿Cómo pueden pretender añadirle ese engaño a la gente? A lo más que llegaron los deportistas chapines fue a mejorar mínimamente sus marcas anteriores, y eso no en todos los casos. ¿Para eso fue tan lejos una delegación de cuarenta y tantas personas, de las cuales, además, solo diez o doce eran atletas? En un momento tan crítico para el país, esa cantidad de dinero que dilapidaron en un viaje tan largo mejor la hubieran focalizado en lugares tan golpeados como La Unión y Camotán, entre otros.

PO: Dentro de esa bagre tradición chapinoide de ponerle apodos a vivos y a muertos, ¿de dónde le viene el apodo de ‘Huevo’?

GB: Tendríamos que hacer una sesión espiritista para convocar el alma del cubano Sueiras, un compañero de colegio, quien era más grande que los demás y nos ponía apodos a todos. A mí me puso ‘Huevo’ tal vez por la forma oval, por blanquito, llenito... Ésa es otra cosa: siempre me gustó el deporte, de ahí la operación en la otra rodilla, porque abusé de eso.

PO: ¿De qué deportes abusó, maestro?

GB: Hice andinismo desde los 15 años; subí los volcanes Tajumulco, Santa María, San Pedro Atitlán, Tolimán, Acatenango, de Fuego (en una sola excursión, que se torna dura), de Agua, el Tecuamburro, el de Pacaya perdí la cuenta de cuántas veces lo subí. En la facultad hice remo unos cuatro años, dos veces por semana en la laguna de Amatitlán, los miércoles por la madrugada y toda la tarde. Era muy agradable, muy bonito. Tuve facilidad para levantar pesas, pero nunca lo cultivé. Lo que pasa es que soy bastante compacto... y lo que yo levanto queda relativamente cerca del suelo.

Fue de mi papá y de mi tío que lo heredé, eran gente muy fuerte y hacían tareas del campo muy duras, uno de ellos se jactaba de levantar la rueda de un molino, imagínense. El deporte siempre me gustó, además, como una distracción. Más adelante me dediqué a correr, y corrí con malos zapatos y el piso duro me terminó dañando los meniscos, incluso lo hice en Pátzcuaro, México, que es alto. Ahora hago una hora de bicicleta estacionaria, para afianzar los músculos de las piernas.

PO: Y andar a salto de mata en Guatemala, ¿qué daños le provocó?

GB: En su momento, ninguno. Cuando ya tenía 61 años, tuve la primera sensación de que tenía la presión alta. No lo sabía. Me sucedió en España, en la presentación de *Donde enmudecen las conciencias*.

PO: Son incontables los chistes o las charadas que festejan o malignizan la profesión de abogado. Por ejemplo, hay uno que, a la hora de verse obligado a buscar un bufete, recomienda llegar escoltado por un gato que sirve como detector: “Si el gato huye espantado, es que se trata de un abogado-perro; si el gato lo ataca, es que se trata de un abogado-rata”. ¿A qué le suena esto?

GB: Hay bastante de eso, siempre ha habido. *La Chalana*, que se hizo en los años veinte, tiene una estrofa que dice: “Nuestros jueces a millares que la justicia vendieron / nuestros curas monigotes que comercian con el credo”. Ya estaba eso, va junto con el oficio. Eso no quiere decir que no haya gente que sí es valiosa. Uno de los efectos más dolorosos de la guerra civil en el gremio fue la instauración de esa seudomoral militar de despreciar a los inteligentes y a los intelectuales, hacer que la fuerza bruta prevalezca como argumento supremo.

Sí, hay un fondo de verdad en el chiste ese. Habría que ver cuál se asemeja más a las ratas o a los perros, dependiendo de qué perro también. Es una similitud válida, pero también hay gente que sí es honorable.

Es una sociedad podrida. No creo que haya habido santos antes, pero todo se pudrió mucho más con la antiética militar como base de la vida colectiva. Es rendirle culto al mal brutal. Estamos en un tiempo muy triste.

PO: ¿Qué opinión le merece la frase del ácido escritor estadounidense H.L. Mencken que reza: “Un tribunal es un lugar donde Jesucristo y Judas Iscariote serían iguales, con las apuestas en favor de Judas”?

GB: Eso habría que revisarlo. No sabemos quién de los dos tenía más razón. Perdona la falta de respeto al santo, pero yo desconfío mucho de los santos. Estoy de acuerdo en el sentido que le dio el señor Mencken. Pero el parangón entre Judas y Jesús... Si uno lo analiza desde otros puntos de vista, las cosas cambian mucho.

El hecho de haber vuelto a Jesús un Cristo es un problema muy humano, pero insostenible racionalmente. Está demostrado históricamente que existió el personaje, existió en la época más o menos en que se le sitúa.

Efectivamente, fue uno de los tantos santones que recorrieron espacios muy limitados, era un equipo de vulgarizadores que el sanedrín usaba para dirigirse a los analfabetos, es decir, era una forma de popularizar la Biblia, los textos sagrados a los cuales solo los sacerdotes tenían acceso. El sacerdote aprendía hebreo, el pueblo no hablaba hebreo en la época de Jesús, hablaba arameo, un idioma de los asirios, de los conquistadores.

Este señor parece que se desvió de ciertas conductas que el sanedrín no aceptaba. No vivió 33 años (33 es una cifra cabalística), en realidad ya pasaba de los 50 cuando lo agarraron los romanos. Jesús fue un pequeño disidente dentro de un hervidero político.

Yo veo el cristianismo como uno de los grandes males que nos trajo España. Europa llevó esa maldad a todas partes, a partir del siglo *xvi*. Jesús no hizo el cristianismo, Jesús murió y sus discípulos eran un grupo cerrado. Es San Pablo quien lo hace.

PO: Aún hay quienes conservan la creencia en la buena suerte de los números capicúa. ¿Cómo le ha ido durante estos meses en que han transcurrido sus 77 años?

GB: Tal vez lo que más me ha agradado es mantener la cohesión familiar en armonía. Siempre la ha habido y siempre me ha agradado eso, porque con todas las vicisitudes esas de persecuciones y exilios, en fin, nunca se perdió la cohesión de mis hijos entre ellos, ni la buena relación conmigo.

Además del parentesco por genética, somos amigos y eso es lo que más pesa. Podemos conversar con entera facilidad. Aunque no se me da fácilmente el hablar con los niños, cuando nietas y nietos, bisnietas y bisnietos llegan a la edad de platicar cosas serias, nos entendemos mucho más.

Esto satisface mucho porque es una peña, un cimientito sólido sobre el que estamos de pie. Lo que venga después, será coyuntural. Por lo demás, uno quisiera siempre que la vida se prolongara. Aunque, en lo personal, no veo ningún tipo de peligro en desaparecer.

PO: ¿Qué sitio de Guatemala le dice más que los otros?

GB: Siempre me ha gustado recorrer el país. Pero en La Antigua se conocieron mis padres, ahí se casaron, ahí nació mi hermana, ahí iba a nacer yo, ahí vivió mi mamá la mayor parte de su vida, ahí está enterrada.

Los volcanes siguen siendo para mí como hermanos.

Y ahora es muy grato que ahí estén mis libros, los 11 mil 300 volúmenes que di a la Biblioteca de la Cooperación Española Internacional, ya como un fondo que ahí se quedará. Mis hijos lo entienden igual que yo. Se trata de que mis libros estén al alcance. Es una biblioteca pública. Es muy gratificante compartir con quien por ahí se aparece: solo es cuestión de llegar, inscribirse como lector, identificarse con la cédula. Ya intentaron robar libros unas ocho veces, pero no pudieron: a cada libro le pusieron su chillazón, pagaron unos 25 mil dólares por el equipo de seguridad, que yo no tenía. La biblioteca está valorada en unos 380 mil euros.

PO: Usted tiene un hijo que nació en 1954 y una hija que nació en 1968. ¿Les afectó de alguna manera el haber nacido en esos años decisivos para otras partes del mundo?

GB: No logro hacer una relación entre una cosa y otra. Cuando este hombre que ya va a cumplir 54 años nació, era el momento ese en que por aquí acababa de pasar la tal liberación. Menos mal, él no se dio cuenta de nada. El que se dio cuenta de todo fui yo, eso sí.

Creo que las cosas hubiesen ido muchísimo mejor para todos si este fenómeno no se hubiese dado. En ese momento, Guatemala tendría unos 3 millones de habitantes o unos 4 millones. Se acababa de plantear la reforma agraria, tenía dos años de estar funcionando y había funcionado muy bien. A mí me parece que, de haber seguido, se hubiera logrado darle una estabilidad más o menos aceptable a un grueso de la población, sobre todo a la población indígena.

Se trataba de una reforma agraria plural. Los primeros resultados fueron satisfactorios, hubo tal vez algunas moratorias en el Departamento Agrario Nacional, algunos asomos de corrupción, pero eran neutralizables. Digamos que el objetivo que se perseguía hubiera solucionado bien bastantes cosas.

El territorio tenía los mismos kilómetros cuadrados, pero era mucho más fértil, mucho más arbolado, había espacio para mucha más gente. De manera que los latifundios estaban abandonados, se expropiaba nada más

lo que no tenía uso de ninguna especie, y que se trataba de proteger nada más porque era propiedad privada. Parte del orgullo de cierto sector de la clase dominante era tener muchas caballerías, que ni siquiera conocían, no era tampoco su afán ir a verlas, si mucho llegaban al casco de la finca. El administrador era un señor de horca y cuchillo, claro que se había rebajado luego de la caída de Ubico y de Ponce.

Pero en tiempo de Arévalo lo que se intentó, en realidad, los primeros pasos fueron más bien para el sector urbano. Uno entiende que era un cambio demasiado radical y que Arévalo y quienes estaban cerca de él entendieron que tenían el gobierno, pero no el poder. Por consiguiente, no lo supieron disputar abiertamente a los grupos oligárquicos, sobre todo a los cafetaleros, tenemos que pensar que en esos tiempos Guatemala era monoproducción y monoexportador, y ese producto era el café, porque el banano no cuenta.

De haber continuado esto, se hubiera atacado la pobreza extrema imperante en ciertos lugares. Debe tomarse en cuenta, por ejemplo, que en esos años los salarios de la Alta Verapaz eran de dos centavos diarios. Quiere decir que había que avanzar bastante, aunque con un quetzal se compraba más que con cien quetzales de hoy, el valor adquisitivo de la moneda era muy diferente del que tenemos ahora.

Yo pienso que era factible realmente, con el paso de unos ocho o diez años, que se hubiera logrado consolidar un grupo bastante nutrido, no de propietarios agrícolas, ya que estaba prohibido por la propia ley, sino de usufructuarios. Eso nos hubiera dado mucho impulso. El Banco Agrario se tendría que haber ampliado mucho más, pero cuando empezó trabajaba bien, lo empezó dirigiendo gente honrada como Alfonso Bauer, y así como él hubo muchas personas de bastante buena fe.

Pero las cosas cambiaron y ese cambio sí me tocó verlo a mí. Total, yo ya era casi abogado. Me pude pecatar de todo el retroceso terrible que hubo para el país. De alguna manera fue la vuelta de todo el ubiquismo, esa carga tan pesada y negativa. Por supuesto, la ley de reforma agraria fue lo primero que se suprimió. Ahí empezaron las persecuciones de los campesinos, persecuciones que incluso fueron documentadas.

Había demasiado miedo. Muchos se preguntaban más adelante por qué había guerrillas en Guatemala. No entendían que la semilla de todos los disgustos en el campo surgió por la represión que se hizo contra esa primera oleada de quienes habían sido beneficiarios de esa primera reforma agraria. Eso se había quedado oculto, pero no oculto para las familias, o sea, muchos de los que más adelante se alzaron eran descendientes

de los que habían caído. Yo tuve ocasión de ver a alguna de esa gente perseguida y después eliminada.

Aparece por entonces también este señor Richard Adams, quien después iba a ser una figura importantísima (entre comillas), con una llegada muy desagradable.

Richard Newbold Adams se llama él. Entró como un estudiante llamado Richard Newbold, tenía una cobertura de la Organización Panamericana de la Salud, pero su verdadera misión era interrogar a los indígenas que estaban presos por agraristas.

No existía el delito, pero existían los delincuentes. Esto fue publicado en *Fruta amarga. La CIA en Guatemala*, traducido al español por Siglo XXI de México, un libro que llevará unos 15 ediciones, así que no estoy inventando nada.

En ese momento la oligarquía, por medio de su ministro de Relaciones, quien sabía más o menos qué eran las ciencias sociales (había estudiado antes derecho), juntó a este grupo de antropólogos norteamericanos en un seminario de integración social; se reunían periódicamente y empezaron a hacer una serie de libros en inglés, que eran traducidos. Empezaron a poner ahí lo que serían, digamos, las bases de una ciencia social guatemalteca donde

se trataba de explicar lo inexplicable. Leerlos a ellos es lo más fácil, estaban por todas partes, hasta los regalaban.

Ahora bien... Siempre estoy contestando a su pregunta... Es decir, este muchacho, cuando era niño, pues le tocó más o menos ver una época muy difícil, como la que yo ví cuando era niño.

Yo tuve la suerte de que cuando era adolescente, fue el cambio. Iba a cumplir 14 años cuando cayó Ubico. Acababa de cumplir 14 cuando cayó Ponce. Mi hijo no tuvo esa suerte. Llegó a la universidad a estudiar ingeniería, y las atmósferas opresivas fueron paralelas a su asistencia. Yo era profesor y un día pasó a verme para decirme que frente a la casa había un carro con un tipo sospechoso dedicado a vigilarnos. Había servicio a domicilio, a lo bestia, un estado de angustia que se mantenía. Tampoco era de poner el grito en el cielo, pero era incómodo vivir de esa manera.

Más tarde, todo empeoró cuando me visitaban personas que no eran gratas al régimen, como Edgar Palma Lau o Gaspar. Todos sabíamos en qué estábamos. No era mayor novedad. No se le ocultó a nadie.

Lástima: para entonces ya no estaba la madre de mis hijos, pero cuando estuvo fue solidaria todo el tiempo.

Desgraciadamente, murió a los 41 años. Los niños más pequeños ya casi no la vieron, no la recuerdan; los otros, sí.

Lidia, que es quien nació en el 68... Guatemala tenía muy pocos ecos de lo que ocurría en el mundo, aunque yo sí estaba bien enterado. Cabal, ese año no me fui a Francia, no me tocaba, como se dice. Resulta que yo fui haciendo el doctorado por escalas, porque tenía que dar clases en Guatemala, un año descansaba de allá, pero tenía que dar clases aquí. 69-70 me tocó ir de nuevo, pero ya había pasado el 68. Claro, uno se enteraba, leía la prensa, oía la radio, veía televisión. Pero una niña que estaba naciendo no se podía dar cuenta de eso.

Incluso las personas más o menos adultas, relativamente enteradas, no comprendieron las funciones de los dirigentes del movimiento de mayo del 68 en París, porque ese tipo de planteamientos descansaba en una serie de razonamientos muy profundos que para nosotros no hacían mayor sentido.

Aquí, el bochinche era lo que les gustaba. El 68 parisino, aquí, era como un juego que no entendían; aquí, las cosas eran de otra manera.

Eso sí, a todos nos han afectado los hechos estos, también a mis otros hijos. Antes de mi hija del 68, hay un hijo de inicios del 67. El día que estaba dando a luz mi esposa, yo me fui a aquel hospital que se llamaba Bella Aurora. El hijo nació cerca de la medianoche, me vine de regreso a mi casa en Mixco y me paró la policía (ya lo paraban a uno) y ahí sí que cometí la ingenuidad de decir que acababa de nacer el niño. La conclusión automática del policía fue: “¡Ah, entonces viene bolo!”, claro, usted no se va a poner, a medianoche, a discutir con tres policías guatemaltecos. Me quitaron la licencia y también quisieron quitarme el gusto por el nacimiento del güiro. Todos mis hijos nacieron en ese clima.

PO: ¿Le merece alguna opinión la arbitrariedad en un remedo de país tan arbitrario?

GB: Cuando la arbitrariedad impera, hay la contraarbitrariedad; teóricamente es arbitraria también, pero es necesaria.

PO: ¿Qué le dijo el 68 mexicano?

GB: En México hubo un 68 de otra manera, era por otras razones. La especialidad del PRI era una dictadura tremenda, que cambiaba cíclicamente de presidente bajo el lema “Sufragio efectivo. No reelección”, aunque el presidente saliente designara a su sucesor, al que extraía de su propio gabinete.

La cuestión de México era muy distinta, estaban muy encerrados en ellos mismos, allá sí guardan los secretos y tienen valores entendidos. En Guatemala abunda la lengua larga, hay mucha mentira y la cantidad de mentiras es exportable. En eso sí somos diferentes. Es curioso, porque en muchas cosas nos parecemos. Uno siente que es muy igual a los mexicanos, reacciona igual, se rie igual, hay el mismo sentido del humor medio negro.

El manejo político es distinto. La otra cuestión que uno no entiende de ellos es el enorme peso de la Iglesia Católica, que en Guatemala se difuminó o no llegó nunca a tener tanto peso. Allá, en ciudades como Guadalajara o Monterrey, por ejemplo, se decía que la clase media no tenía médico de cabecera: tenía confesor. Guatemala no llegó a esos extremos, aquí no operó con tanta fuerza el catolicismo.

En fin, el 68 tuvo muchas repercusiones en otros lados, pero en Guatemala yo creo que muy poco. No llegó a cambiar nada, el país ya estaba sumido en su propia guerra civil, ya no tenía ojos para ver a otro lado, la pérdida de valores comenzaba a darse (con esto, no quiero decir que fueran buenos los que había). Los valores que vayan a sustituirlos, ignoro cuáles son, se están haciendo ahora, mientras los otros valores se están pudriendo aún más. Desgraciadamente, es lo que nos ha tocado.

PO: Las crecientes oleadas de pobreza latinoamericana, ¿representan algún peligro para la humanidad?

GB: Ninguno. Los pobres de África, sí: miren cómo están llegando ahorita a Europa. El presidente de España lo tiene más o menos claro: le dijo a la Unión Europea algo así como “o auxiliamos al África en este momento, o la prosperidad que tenemos no va a poder seguir”. Los pobres de Latinoamérica solo representan un peligro para sí mismos... y para los demás pobres que tienen al lado.

PO: ¿Tiene ideología la llamada derecha?

GB: Desde luego. La tiene que tener, es la salvaguarda de sus intereses. Están muy tranquilos ahí en sus bunkers o en sus narcobarrios.

No sé cuánto van a tardar en darse cuenta de que estamos en el mismo barco. Han vuelto a sentirse demasiado distantes, porque hay otra amenaza más fuerte que no es de muerte inmediata ni de secuestros inmediatos. Es el hambre.

La gente que antes se fue a la guerrilla, ahora se va a los Estados Unidos y de allá los están regresando, de México también. ¿Qué les queda? Otra delincuencia más amplia.

Los que gobiernan no tienen ningún interés en comprender esto.

Veo que el país se está deshaciendo realmente. Los países de Centroamérica van a tener que finalmente unirse o si no los va a agarrar México. El Plan Puebla Panamá tiende a esa cuestión. Los estados pobres de México, llenos de indios, que se las arreglen con nosotros. El norte, para Estados Unidos. México también se puede desagregar, ha sido muy vulnerable.

PO: ¿Hacia dónde van los Estados Unidos?

GB: Ahí la cuestión se amplía mucho más. Los Estados Unidos van a cambiar, yo sí creo que va a ganar Obama, no es solo lo que deseo, también lo creo. De alguna manera se pensará en compartir cierta riqueza frente a lo que para ellos es una amenaza tremenda: China. Ése es el poder que se viene: en el primer cuarto del siglo XXI, ésa va a ser la primera potencia, la primera superpotencia; lo mejor que les sucedería sería unirse al Japón, culturalmente son lo mismo. La India tiene mil millones ya, con una tecnología de punta y unas contradicciones enormes. Sudáfrica va a emerger más fuerte. Quedan lunares terribles: Israel, armado, como se decía, hasta los dientes...

Este panorama, claro, va a influir en nosotros, o sea... ¡No es que a uno se le vaya el pájaro! Al contrario, ¡debemos pensar en todo eso!

Mientras tanto, Guatemala se desintegra. Los grupos políticos, aquí, ya tienen una idea clara y absoluta de que la corrupción es lo inequívoco.

Donde sea que pinchemos, brota pus. Donde sea. Es el acabóse. Se acaba esto, se acaba como proyecto político. Como pueblo no nos vamos a acabar, de ninguna manera.

Lamentablemente, lo que dice *Guatemala: una interpretación histórico-social*, en su esencia, no ha cambiado.

PO: Pensando en el respetable público que nos honra con su ausencia y que acaso desea saber de usted cuestiones más personales, no queda más remedio que acudir a la pócima que alguna vez, según los especialistas, también apuraron Marx y Ernesto Sábato, entre otros personajes que, sin duda, no significarían para usted una mala compañía: el legendario y a veces resobado Cuestionario Proust, con la promesa de que no le será planteada ni una sola de esas interrogantes que más bien suenan al lánguido e insufrible pasquín chilango *TV y novelas*. ¿Cuál considera que es el principal rasgo de su carácter?

GB: Yo diría que firmeza.

PO: ¿La cualidad que desea en un ser humano perteneciente al género masculino, antes conocido como el Club de Tobi?

GB: Inteligencia comprensiva.

PO: ¿La cualidad que prefiere en una mujer?

GB: Yo casi no diferencio al hombre de la mujer. Pienso que un ser humano que tenga eso, una capacidad intelectual buena, una comprensión de los demás y una afectividad, funciona bastante bien. Hacen falta tal vez otros adornos, pero con esos yo creo que alcanzaría.

PO: ¿Lo que más aprecia en sus amigos?

GB: La lealtad.

PO: ¿Su principal defecto?

GB: ¡Son tantos, que me cuesta trabajo encontrar el peor...! El problema es que los verdaderos defectos no los ve uno, ¡los ven los demás! Ya un defecto que uno ha visto, lo tiene que racionalizar y entonces lo supera o incurre más en él. Honradamente, no sabría qué contestar, por-

que no lo alcanzo a ver. ¡Ha de ser muy grande, como para que no alcance a verlo!

PO: ¿Su ocupación preferida?

GB: ¡No hacer nada...! Hmmm, la ocupación preferida ha sido leer. Más que todo, me distraen mucho los textos históricos bien hechos y las novelas bien hechas. Las novelas históricas me encantan, aunque estén repletas de mentiras, y no me importa de qué región del mundo sean.

De Walter Scott, por ejemplo, me gusta releer *Ivanhoe*, pero también otras obras de otros lados. En cuanto a cercanías, entre quienes han cultivado el género histórico José Milla resulta ser muy leído, muy encomiado, pero a mí no me gusta: me parece que idealiza el régimen colonial... y esto no hay por qué verlo como algo ejemplar.

En este momento, la comunicación audiovisual me fascina: la televisión, pero, sobre todo, las películas que tengan un fondo histórico y que yo pueda escoger... Yo diría que me fascinan incluso más que los libros... porque ya la letra pequeña me molesta mucho. Lo audiovisual me es muy gratificante porque es la combinación del color, la forma, el movimiento,

todo en una sola entrega que un libro no puede dar, por más imaginativos que sean sus lectores. Un libro da una superficie de un color, con signos de otro color. En cambio, la pantalla da una comunicación mucho más completa, mucho más humana y, por supuesto, mucho más hermosa.

PO: ¿Su sueño en el que se condense la dicha?

GB: Vivir para poder disfrutar de mi familia. Ya en un extremo casi inalcanzable, tal vez ver que la situación de este país mejore... pero, esto sí lo veo muy difícil.

Yo conocí Petén cuando allá todo era selva. Me duele verlo ahora. Es más, algunas veces he dicho que quiero morir antes de que acaben con todo esto. Tengo la esperanza, no sé si fundada o infundada, de que tal vez el ecologismo nos saque de donde estamos. Porque, sí: uno nació aquí y ésta es su gente, su tierra. No es patriotismo, pero sí se le desea un mejor futuro a los que viven con uno, a los que conviven al lado de uno.

PO: En cuanto a desgracias, ¿cuál sería la mayor que podría tocarle?

GB: Que lo que he escrito, lo que he transmitido, se vaya junto conmigo o muy pronto después.

PO: ¿Qué quisiera ser?

GB: ¿A estas alturas? Solo una buena persona. No más. Ya estudié, ya escribí, ya hice un montón de hijos, ya hasta sembré plantas... Lo que pude haber hecho cuando estaba con todo el vigor, ya está hecho. A los casi 78 años, hacer planes para el futuro pues ya es difícil. Me agrada mi familia, quisiera tenerlos cerca muchos años más, aunque no sean demasiados los que me esperan. Yo sí quiero eso: vivir más.

PO: ¿Su color preferido?

GB: El verde.

PO: ¿Su pájaro?

GB: A mí me gustan las aves. Pienso que por su rapidez y bella versatilidad, el colibrí. Son muy bonitos y muy originales, son como helicópteros.

PO: ¿Sus autores predilectos en prosa?

GB: ¿Los que me halagan más? Es difícil responder a eso... El que me gusta mucho como escritor es García Márquez. Como biógrafo Stefan Zweig es muy bueno, muy serio, tan es así que entre los pocos libros con los que me que-

dé, esos cuatro tomos verdécitos que están allá arriba son de él. Como biógrafo es excelente porque, además de que busca las secuencias históricas del personaje, tiene una prosa brillante.

La novela bien escrita me gusta bastante. García Márquez escribe bien y no es solo *Cien años de soledad*: desde el punto de vista del idioma, me parece que está mejor escrita *El amor en los tiempos del cólera*, aunque la trama sea un poco banal y muy repetida. De todos estos del llamado *boom* también Sábato me agrada, pero la forma de escribir de García Márquez es más cercana a nosotros. También me gusta leer a Carlos Fuentes, a este señor Octavio Paz, me ha encantado leer a Ciro Alegria (*El mundo es ancho y ajeno*), Rómulo Gallegos (*Doña Bárbara*, *Sobre la misma tierra*, *Pobre negro*), José Eustasio Rivera (*La vorágine*), Arguedas (*Los ríos profundos*, qué buena), *Huasiungo* de Jorge Icaza, José Mármol, la profundidad de Dostoievski, como densidad humana qué sólido es. Tolstoi... me pasó un febrero entero en una hamaca leyendo los seis tomos de *Guerra y paz*, es de lo poco que tengo que agradecerle a la liberación (entre comillas)... Herman Hesse, Thomas Mann... De los españoles, Quevedo; de los actuales, Antonio Gala, a quien le hacían el feo por homosexual... *El día del chacal*, de Forsyth, es un buen invento...

Es muy difícil responder una pregunta como ésa.

En cuanto a los poetas, ahí sí estoy retrasado. A los actuales casi no los conozco. En su tiempo me gustó mucho la poesía de Federico García Lorca, cuyas obras completas aún me acompañan. Neruda, Octavio Paz.

Los cuentistas de Guatemala me gustan mucho. Hay algunos excelentes, como Francisco Méndez, aquel señor de Joyabaj que tiene unos cuentos preciosos. Miguel Ángel Asturias me gusta también, aunque no me deslumbra, *El espejo de Lida Sal* es una de sus mejores obras. Cardoza y Aragón, me parece frío su razonar. Monteforte tiene algunas cosas bonitas: “La cueva sin quietud”, *Donde acaban los caminos...*

Del siglo XIX, Batres Montúfar sí era poeta, ese señor sí sabía, tenía mucha picaresca, mucha ironía, es de los mejores. De mi época, Werner Ovalle era muy bueno, él sí tenía “estro poético”, como dicen, en un país donde por cada poeta hay cien poetastros, la proporción es desmedida. Akabal me gusta, es muy bonito. Flavio Herrera era deslumbrante.

Yo sí leí bastante, pero es muy difícil agrupar estas preferencias.

PO: ¿Quiénes están entre los compositores que lo han acompañado toda la vida?

GB: Por muchas razones, el que más me agrada es Mozart. Tengo mucho de su música, era un genio completo, un tipo que nunca hacía correcciones en lo que escribía, pensaba las sinfonías completas. Es algo insólito.

PO: ¿Se le dificultaría agrupar a los pintores que más le han gustado?

GB: De los contemporáneos, no estoy muy bien enterado. De los así famosos mundialmente, me gustan los de la escuela impresionista. La Capilla Sixtina es inolvidable, parece hecha en tercera dimensión y solo se trata de una superficie donde Miguel Ángel dejó parte de su genio; me gustaría volver, para verla ya restaurada en todo su esplendor.

De Guatemala, me agrada Luis Díaz. Mérida, sí. Hubo varios, pero se me van los nombres. De los actuales, no estoy al tanto. Con el problema de mis ojos, ya no puedo manejar. Guatemala ahora me queda lejos, sobre todo en la noche, y si por ir a una exposición de pintura me van a asaltar, ¡a la gran diablo!... y además tendría que convencer a alguien de mi familia, pero todos están en edad productiva, ni modo de agarrar un jueves para ir a ver pinturas; el viernes, imposible. Es difícil.

De la época colonial, no me gusta ningún cuadro... son tan oscuros, tan lúgubres, la imaginería colonial entiendo que tiene perfecciones en algunos logros, pero no me logra agradar profundamente.

PO: Entre sus nombres favoritos, ¿estarían los de su esposa, sus hijas y sus hijos?

GB: El de mi esposa no lo escogí yo. Los de mis hijos, sí. Casi fueron mociones más que mi esposa aprobó. Al primero le pusimos Carlos, por la tradición. Lo de Eduardo se lo puse porque me pareció que es un nombre suave, su pronunciación no es pesada, como sí lo es la pronunciación de “Jorge”, con esa jota y esa ge demasiado cercanas. Mario es un nombre suave también, y le agregué Federico por mi abuelo. A Vera le pusimos así porque así se llamaba mi mamá; Vera es nombre ruso, pero se usa mucho en el este de Alemania. Fernando Alfonso son nombres que me gustaron y a mi esposa también. Lidia María es otro nombre suave, terso. Ana Marina es un nombre que sugirió mi esposa. Sí, son nombres que me gustan, están bien.

PO: Además del repudio que pueden despertarle estas preguntas, ¿qué detesta más que nada?

GB: A los farsantes de lo que sea. La inautenticidad y la fanfarronería son el arma del farsante. En política se llama demagogia. La inautenticidad es una manera de actuar. Las incoherencias entre lo que se dice y lo que se hace son repudiables. Cuando voy con el médico y me pregunta: “¿Alguna alergia?”, mi respuesta es: al MLN, al FRG y a los políticos en general. Por eso: por cínicos, porque caen mal.

PO: Si es que alguno merece su desprecio, ¿qué caracteres históricos desprecia más?

GB: Hitler me ha molestado tanto, que he leído mucho sobre él. Y lo he hecho porque no se debe perder el tiempo en detestar por detestar. Yo tengo muy razonado mi desprecio por él, lo tengo ubicado como individuo en el mundo y también tengo ubicado el mundo en el que él estuvo. Tengo bastantes estudios en torno a él y a los nazis y sus corifeos en general, sus líderes, el nacional-socialismo, toda esa época, la posguerra de la Primera Guerra Mundial... Estoy muy bien documentado, puedo dar clases sobre eso, sin ninguna duda. La Segunda Guerra Mundial empezó cuando yo acababa de cumplir nueve años, yo sentía las tensiones en mi casa; la gente aquí fue proaliada, no cabe duda, no sabían muy bien por qué, pero le iban a los aliados.

PO: ¿Qué tanto le sigue diciendo García Lorca, como para que conserve de él su poesía completa?

GB: De la guerra civil española también estoy bastante enterado. Cuando era patojo y mientras era joven, los que leían poesía me hicieron aprender a García Lorca sin necesidad de leer un libro. Cuando era estudiante universitario sabía repetir parte de sus poemas, en buena medida porque tengo una buena memoria, y si oigo algo que me gusta o que alguien repite se me queda. Ahora de viejo, no sé; pero cuando era joven era muy fácil. También por eso me aficioné a la historia, porque, como me gustaba, se me quedaba rápido todo.

PO: Pensando en quienes no tuvieron la buena o temible suerte de ser sus alumnos, ¿podría resumir cómo transcurrían sus clases?

GB: Nunca me refiero a un aspecto en particular. Voy en círculos. Lo más importante que ha sucedido en Guatemala, vino de afuera; para empezar, la conquista; luego, todos los grandes cambios: el liberalismo, la tecnología, todo ha venido de afuera, los movimientos políticos y económicos.

La crisis de los años treinta, que es la primera gran crisis del sistema capitalista, para Guatemala representa

la crisis de Ubico. Ésa es la explicación de fondo: es la clase dominante que va a delegar su poder en un finquero (si tiene uniforme de general, mejor). De ahí sale Jorge Ubico y no hubiera caído Ubico sin la Segunda Guerra Mundial. Las sociedades cambian en función de interacciones internas y externas. Es clarísimo. Eso lo aplicábamos ya en el libro *Guatemala: una interpretación histórico-social*.

PO: ¿Cuál es el tiempo verbal más peligroso?

GB: Hubiera.

PO: ¿Qué impresión le dejó el doctor Juan José Arévalo?

GB: Fue un excelente escritor, sus libros son preciosos, sus discursos son magníficos, tuvo el gobierno, pero no tuvo el poder.

PO: ¿Cómo era Jean-Loup Herbert, su coautor en *Guatemala: una interpretación histórico-social*?

GB: Cuando vino a Guatemala hablaba un poco de español pero, a los tres meses, habló con una soltura sorprendente. Era un jovencito delgado, cortés, que al llegar se puso a leer todo lo que pudo de historia guatemalteca.

En 1966, en la Facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos se me encomendó dirigir su Sección de Ciencias Sociales, de reciente creación, y caí en la cuenta de que estábamos necesitados de un sociólogo que estuviese al día en cuanto a las corrientes del pensamiento contemporáneas. Antes de que concluyera 1966, llegó Jean-Loup Herbert y nos hicimos cargo de la investigación social en la región suroccidental de habla ki'che', a partir de Santa María Chiquimula, en Totonicapán, y en la ciudad de Quetzaltenango.

Jean-Loup era un ser excepcionalmente brillante. Conocerlo, tratarlo, fue decisivo para mí. Su agudeza y su inteligencia contribuyeron a limpiarme de algunas telarañas que tenía en relación con Guatemala y sus pobladores, debido a los prejuicios que venía escuchando monoauralmente desde la infancia.

PO: ¿Qué recuerdos le quedan del Santiago de Chile donde estudió en los años sesenta?

GB: Era una ciudad pequeña, manejable, con contrastes muy grandes, pero también universidades grandes, mucho comercio de lujo. La gente, en general, muy parecida a nosotros, incluso físicamente, porque hay una fuerte presencia indígena en su base, con una fuerte segrega-

ción como la de aquí. Una guatemalota, diría yo, aunque tal vez no con tanto odio como aquí.

PO: ¿Qué le queda de París?

GB: París es Europa, la Europa industrial, un monumento enorme, una sociedad que se ha esmerado en construir una ciudad bella, que se precia de haberlo hecho y de conservarla y de ampliarla conforme a nuevas expectativas, nuevos horizontes, sin que disuene con lo que ya está construido. La primera ciudad que yo vi, que no tiene centro. París es toda. En cada lugar hay un sitio importante. Hay un montón de focos diferentes e igualmente inolvidables. A mí me tocó estar en el Barrio Latino y hacia allá volvería con un gran cariño.

PO: ¿Cuáles hechos incluiría entre los que le inspiran más indignación?

GB: La indefensión, en general. La indefensión ante la pobreza, ante el abuso por causa de la pobreza. La ignorancia. Las limitaciones, en general, que la sociedad impone. Eso sí me indigna.

PO: ¿Cuál considera que es el estado actual de su espíritu?

GB: Pues ustedes lo están viendo, ¿no? Yo creo que muy bueno.

PO: ¿Alguna consigna que le haya hecho compañía todos estos años?

GB: No, que yo recuerde. No soy muy dado a los lemas. Podríamos buscar uno... Había una frase del ‘Che’ Guevara que me gustaba mucho, decía algo así como: “Seamos realistas, pidamos lo imposible”. No recuerdo con exactitud la frase, pero ésa era la idea: que no hay imposibles.

Martí tenía otra que era muy buena, por lo menos yo la justifico para mi propia vida. Martí decía: “Es criminal el que promueve en un país la guerra que se puede evitar... y el que deja de promover la que es inevitable.”

PO: Todo parece indicar que Guatemala salió de Guatemala para, como dicen algunos mexicanos, llegar a Guatepeor. ¿Todo tiempo pasado fue mejor?

GB: Todo tiene su tiempo. ¿Por qué tratar de revivir lo que ya no se puede? Tiene que haber otras formas. Si imaginación tiene la gente... No hay que ahogarse en parámetros que ya están obsoletos y que además nos han

quitado la iniciativa. Tampoco debemos echar en el olvido que, sobre todo en los momentos de mayor dificultad, siempre habrá salidas.

CARLOS GUZMÁN BÖCKLER

Se graduó de abogado y notario en la Universidad de San Carlos a los 26 años y ejerció ambas profesiones durante cinco años. En ese lapso, tuvo la oportunidad de actuar como abogado del entonces (1958–1960) Sindicato de Acción y Mejoramiento Ferrocarrilero (SAMF), a la sazón el sindicato más fuerte que quedaba en Guatemala después de la represión dirigida por el anticomunismo en el poder.

Más tarde cursó los estudios de maestría en Sociología en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en la segunda promoción, en Santiago de Chile. De vuelta en Guatemala tuvo la oportunidad de enseñar Sociología en la Facultad de Humanidades durante un corto tiempo, y más tarde en la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de San Carlos, donde estructuró e impartió el curso de Introducción a la Sociología y Sociología de Guatemala.

Hizo los cursos de doctorado en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París y obtuvo el diploma de Doctor en Sociología del tercer ciclo de la enseñanza superior con especialidad en Sociología en la Universidad de París V

(Ciencias Humanas-Sorbona), en 1972. En 1969 impartió estas asignaturas en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la misma universidad, donde también redactó la propuesta del nuevo plan de estudios, aprobada por la junta directiva ese mismo año. Más adelante impartió el curso de Métodos y Técnicas de Investigación Social, y dirigió el seminario sobre Problemas Sociales. En 1968 fue fundador y primer director de Los Estudios de Ciencia Política en la institución, haciendo realidad uno de los propósitos del entonces rector Edmundo Vásquez Martínez. También impartió clases en las Facultades de Ingeniería, Agronomía y Ciencias Económicas; simultáneamente era director del departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Derecho.

La asfixia política que vivió la Universidad de San Carlos en los años de la represión militar lo obligó a exiliarse en México, gracias a la buena voluntad de Guillermo Bonfil Batalla, por entonces director general del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CIS-INAH). Más adelante, este centro, siempre como entidad descentralizada, se convirtió en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, donde se desempeñó como profesor e investigador titular.

Participó activamente en la formación de los miembros de la primera generación de etnolingüistas, patrocinada por el CIESAS, el Instituto Nacional Indigenista y la Secretaría de Educación Pública de México. Con posterioridad, pasó a ser uno de los fundadores de CIESAS-SURESTE, con sede inicial en Tuxtla Gutiérrez y después en San Cristóbal de las Casas, ambas en el estado mexicano de Chiapas.

Una seria alteración de la salud visual le obligó a restringir sus labores y buscar de nuevo un lugar de trabajo en la Universidad de San Carlos. Regresó a la Facultad de Derecho como profesor e investigador en el Instituto de Investigaciones Jurídicas y Sociales, en el cual permaneció hasta el año 2000, cuando se jubiló.

Como legado ha dejado cuatro libros:

1. En coautoría con Jean-Loup Herbert, *Guatemala: una interpretación histórico-social*. Tuvo cinco ediciones en Siglo XXI editores en México, entre 1970 y 1975. Más tarde, la Editorial Cholsamaj ha hecho dos nuevas ediciones.
2. *Colonialismo y Revolución*, también salido de las prensas de Siglo XXI editores en 1975. La Asociación de Periodistas de Guatemala (APG) lo calificó el mejor de los publicados en 1975 y le otorgó el Quetzal de Oro APG, en julio de 1976.

3. *Donde enmudecen las conciencias. Crepúsculo y aurora en Guatemala*, publicado en la Ciudad de México por La Secretaría de Educación Pública y el CIESAS, en 1986; hay una segunda edición hecha por SUPORT MUTU, en Castellón de la Plana, País Valenciano, España.
4. *Para recuperar la iniciativa histórica*.

JOSÉ LUIS PERDOMO ORELLANA

Tanto en la República Mexicana como en Guatemala, tuvo la desvergüenza de obtener y aceptar diversos premios en certámenes de periodismo, oratoria, poesía y cuento.

Licenciado en Periodismo y Comunicación Colectiva por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), tiene también un diplomado en Edición de Libros por la Universidad Autónoma Metropolitana y la Casa Universitaria del Libro de la UNAM.

Editoriales de México, Guatemala y Nicaragua le han publicado ocho libros que van de la biografía al ensayo, pasando por la crónica y la entrevista, todos, menos mal,

bastante olvidables. (Ferozes editores, domésticos y metecos, le han retirado la palabra debido a que se ha negado a publicar otro.)

En el surco que traza el otro. Teoría y práctica de la entrevista, su tesis, fue “la mejor tesis de licenciatura de las registradas por egresados de universidades públicas y privadas de México” en el 1º Certamen Nacional de Trabajos Receptivos en Comunicación organizado por el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación de los Estados Unidos Mexicanos.

En 2001, con Maurice Echeverría, obtuvo el Premio Nacional de Periodismo por la entrevista pública que sostuvieron con José Saramago en La Antigua.

Sus diálogos con cuatro premios Nobel de Literatura, con diez premios Cervantes y con Mario Benedetti, Augusto Monterroso, Fernando Savater, Arturo Pérez-Reverte, Carlos Monsiváis, Javier Marías y Stephen Vizinczey, entre otros, han sido publicados en diarios y revistas de España, Colombia, México y Centroamérica.

Carmen Díez Orejas
Embajadora

Diego Nuño
Consejero Cultural

Francisco Sancho
Coordinador OTC

CENTRO CULTURAL DE ESPAÑA
GUATEMALA

Jorge Castrillón Castán
Dirección

Matxalen Díez
Laura Luja

Maya Lemus
Chloé Bourret
Ángela Costas
Gestión Cultural

Margarita Pérez Cruz
Evelyn Sete
Sandra Solares
Biblioteca

Pedro Raxón
Contabilidad

Eric García
Gladis Hernández
Mainor Monterroso
Asistencia Técnica

COLECCIÓN PENSAMIENTO II

RODOLFO ABULARACH
conversa con MARIVI VÉLIZ

LUIS ACEITUNO
conversa con LUCÍA ESCOBAR

EMMA CHIRIX
conversa con ANA COFIÑO

EDGAR ESQUIT
conversa con TERESA LAINES

JESÚS GARCÍA RUIZ
conversa con RAÚL DE LA HORRA

GUZMÁN BÖCKLER
conversa con PERDOMO ORELLANA

AMÍLCAR POP
conversa con IRMA ALICIA VELÁSQUEZ

GUSTAVO PORRAS
conversa con DINA FERNÁNDEZ

ISABEL RUIZ
conversa con ANABELLA ACEVEDO

EDELBERTO TORRES-RIVAS
conversa con MARCELA GEREDA



Colección Pensamiento II consta de diez volúmenes.

El tiraje es de 1,000 copias por cada volumen.

En la elaboración de este libro se utilizaron las fuentes Minion y News Gothic.

Impreso en los talleres de PrintStudio.

Este libro es un proyecto editorial del Centro Cultural de España en Guatemala, entidad que asume todos los gastos de edición, publicación y distribución. Se enmarca dentro de la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, y por ello es absolutamente gratuito. Queda, por tanto, **prohibida su venta**.

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático, siempre y cuando se cite adecuadamente la fuente y los titulares del copyright.